



www.loqueleo.com

Los Sangurimas

© 1934, José de la Cuadra

La Tigra

© 1930, José de la Cuadra

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-639-2

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2015

Primera edición Loqueleo Ecuador: Enero 2017

Quinta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Prólogo y estudio: Cecilia Velasco

Imagen de portada: Tito Martínez

Diseño de portada: Adriana Pozo

Actividades: Cecilia Velasco

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro y Mariluz Paredes

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Los Sangurimas La Tigra

Muestra
prohibida
su venta
© Santillana

José de la Cuadra

loqueleo

Índice



Prólogo11

Los Sangurimas

Novela montuvia

Teoría del matapalo17

PRIMERA PARTE

El tronco añoso19

I

El origen19

Los amores del gringo21

Cuna sangrienta22

II

Leyendas23

Amistad de ultratumba23

El capitán Jaén26

III

Pacto satánico27

El precio28

El entierro29

	IV
Rectificaciones	31
Mazorcas de hijos	32
Hábitos fúnebres	32
Apariciones	33
	V
El río	34
Viejos amores	36
Tierra pródiga	36
El árbol del muerto	37
	VI
Acuerdos familiares	38
La casa grande	39
Contemplaciones	40
El viento sobre el río	40
	VII
Memorias	41
La mama	41
Líos judiciales	43
SEGUNDA PARTE	
Las ramas robustas	47
	I
El Acuchillado	47
	II
El padre cura	52
	III
El abogado	57

	IV
El Coronel	62
Hazañas militares	64
Cambio de vida	66
Comadreos	68
	V
Comentarios	68
Bejucos	69
TERCERA PARTE	
Torbellino en las hojas	71
	I
Vida patriarcal	71
	II
Las tres Marías	72
Los Rugeles	74
Niños mimados	75
	III
Enredos amorosos	76
Declaración de guerra	77
	IV
Temores	79
La fuga	80
La búsqueda	80
Mortecina	82
El hecho bárbaro	83
	V
Opiniones	84



Intervenciones	85
Persecución	86
El combate	86
	VI
Bandos	88
La captura	88
Tentativa	90
EPÍLOGO	
Palo abajo	91
La Tigra	95
Un telegrama	127
<i>Intermezzo musicale</i> : solo de clarinete	127
Y otro telegrama	134
Estudio de las obras	135
Cuaderno de análisis	143

Prólogo
Por Cecilia Velasco



Breve panorama de la obra de José de la Cuadra y su contexto

11

Prólogo

La obra narrativa de José de la Cuadra puede ser considerada ya, con todo derecho, como un clásico de la literatura ecuatoriana y latinoamericana. Como leve ratificación de ello, en 2009, el gobierno ecuatoriano tuvo la iniciativa de nombrar la producción literaria de este autor como parte del patrimonio intangible de nuestra nación.

De la Cuadra fue ante todo un narrador; lo suyo es especialmente el cuento, aunque *Los Sangurimas* es no solo una novela a secas, sino una «novela montuvia», como la subtuló. Además del género narrativo, el autor incurrió en otros: en 1937, en Buenos Aires se publicó el ensayo, *El montuvio ecuatoriano*, en el que analiza rasgos de esta comunidad desde una perspectiva sociológica. También escribió artículos y crónicas.

Seguramente ya habrá surgido en el lector la duda de si el vocablo *montuvio* se escribe con *b* o con *v*, asunto de profundas implicaciones no solamente lingüísticas, sino también culturales. En efecto, el Diccionario de la Real Acade-

mia de la Lengua Española incluía para la palabra *montubio* el siguiente significado como primera acepción: «Dicho de una persona montaraz y grosera». Debido a solicitudes de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, y tras una revisión del corpus del castellano, se introdujo un cambio importante: en la edición vigésima tercera impresa del DRAE (2014) se incluye la palabra *montuvio* con el siguiente significado: «campesino de la costa ecuatoriana»; así, se evita la contigüidad entre «persona montaraz y grosera» y «campesino de la costa ecuatoriana» como los dos significados para un mismo vocablo; no así en la edición en línea. En esta edición, escribiremos la palabra *montuvio*, siguiendo la ortografía original empleada por el emblemático autor.

José de la Cuadra, hijo único de una familia de ascendencia española, nació en Guayaquil en 1903 y falleció en la misma ciudad a la temprana edad de 37 años, debido a un derrame cerebral. Sabía mucho del mundo campesino del litoral ecuatoriano, pues debido a su profesión de abogado debía tratar con clientes que residían allí. Su hija Olga relata, en un video, que su padre solía charlar largamente con campesinos montuvios para recoger testimonios.

Desde muy joven, este destacado autor guayaquileño escribía textos literarios y animaba la creación de revistas. Su estilo inicial, antes de los años treinta, se mantuvo cercano al Romanticismo y al Modernismo, sobre todo si se piensa en el lenguaje solemne y deliberadamente elegante con el que hacía hablar a sus personajes. Progresivamente, José de la Cuadra se adentra en un estilo cercano al realismo social e, incluso, a lo que se denomina como realismo mágico y maravilloso.

Es probable que con el paso hacia una literatura más cercana a la realidad social y política local hayan tenido que ver las luchas sociales que en los veinte y treinta se vivían en nuestro país. Recuérdese, por ejemplo, que en 1922 se produce en Guayaquil una matanza de obreros que se habían alzado en huelga, y que por aquellos años se crean sindicatos y partidos de orientación socialista, ideología a la que nuestro autor se adhirió, así como lo hicieron compañeros suyos de generación como Joaquín Gallegos Lara, Alfredo Pareja Diezcanseco, Enrique Gil Gilbert y Demetrio Aguilera Malta. Fue justamente en el sepelio de Aguilera Malta, que su amigo y compañero literario Pareja Diezcanseco dijo que estos cinco escritores habían constituido un grupo «como un puño».

De la Cuadra formó parte del también llamado Grupo de Guayaquil, narradores que se acercaron a la problemática social de las clases subalternas del país de aquella época, no solo desde el punto de vista de los temas, sino del lenguaje. Gallegos Lara, Aguilera Malta y Gil Gilbert publicaron en 1930 un libro de cuentos desafiante con el gusto imperante de la época, titulado *Los que se van*, en el que se recoge el habla del pueblo montuvio y campesino, y en el que se abordan temas como la violencia y la lucha del hombre con la naturaleza y la estructura social adversas. Un año después, en 1931, José de la Cuadra publica su segundo volumen de cuentos titulado *Repisas*, al que sucedería *Horno*, en 1933, en cuya segunda edición se incluyó el relato relativamente extenso, «La Tigra», que consta en estas páginas. En 1934 vio la luz una de sus más sugerentes obras, *Los Sangurimas*, novela montuvia, como la subtuló su autor.

El Ecuador en el que vivió el escritor José de la Cuadra es muy distinto del país del siglo XXI. En la década de los años veinte del siglo pasado, la población total de nuestro país acaso llegaba a 1 500 000 habitantes. En 1930, las ciudades de Quito y Guayaquil tenían, cada una, una población de alrededor de 120 000 habitantes, quienes en su mayoría vivían en el campo, pues el poder económico se basaba en la posesión de tierras productivas. Tímidamente, el Ecuador empezaba a exportar productos provenientes de la Costa, como el cacao; la reciente Revolución liberal de 1895 había logrado romper parcialmente relaciones de trabajo más cercanas al sistema feudal que al capitalismo, en el litoral. Este es el contexto al que corresponde la rica producción literaria de José de la Cuadra.



*Conservamos la grafía del vocablo *montuvia*/a como aparece en la primera edición de esta novela, de 1934.

Teoría del matapalo



El matapalo es árbol montuvio. Recio, formidable, se hunde profundamente en el agro con sus raíces semejantes a garras. Sus troncos múltiples, gruesos y fornidos como torsos de toro padre, se curvan en fantásticas posturas, mientras sus ramas recortan dibujos absurdos contra el aire asoleado o bañado de luz de luna, y sus ramas tintinean al viento del sudeste...

En las noches cerradas, el matapalo vive con una vida extraña, espectral y misteriosa. Acaso dance alguna danza siniestra. Acaso dirija el baile brujo de los árboles desvelados.

De cualquier modo, el matapalo es el símbolo preciso del pueblo montuvio. Tal que él, el pueblo montuvio está sembrado en el agro, prendiéndose con raíces como garras.

El pueblo montuvio es como el matapalo, que es una reunión de árboles, un consorcio de árboles, tantos como troncos.

La gente Sangurima de esta historia es una familia montuvia en el pueblo montuvio, un árbol de tronco añoso, de fuertes ramas y hojas campeantes a las cuales, cierta vez, sacudió la tempestad.

Una unidad vegetal, en el gran matapalo montuvio.

Un asociado, en esa organización del campesinado li-
toral, cuya mejor designación sería: MATAPALO, C. A.

PRIMERA PARTE

El tronco añoso



I

El origen

Nicasio Sangurima, el abuelo, era de raza blanca, casi puro.

Solía decir: «Es que yo soy hijo de gringo».

Tenía el pelo azambado, revuelto en rizos prietos, como si por la cabeza le corriera siempre un travieso ciclón: pero era cabello de hebra fina, de un suave color flavo, como el de las mieles maduras.

—Pelo como el fideo «cabello de ángel» que venden en las pulperías, amigo, ¡cosa linda!

Las canas estaban ausentes en esa mata de hilos ensortijados. Por ahí, en esa ausencia, denotaba su presencia remota la raza de África.

Pero don Nicasio lo entendía de otra manera:

—¿Pa' qué canas? Las tuve de chico. Ahora no. Yo soy de madera incorruptible. Guachapelí, a lo menos.

Tras los párpados abotagados, enrojecidos, los ojos rasgados de don Nicasio mostrábanse realmente hermo-

sos. La pupila era verdosa, cristalina, con el tono tierno de los primeros brotes de la caña de azúcar. O como la hierba recién nacida en los mangales.

Esos ojos miraban con una lenta dulzura. Plácidos y felices.

Cuando joven, cierta vez, en Santo Domingo de los Colorados, una india bruja le había dicho a don Nicasio:

—Tienes ojos pa' un hechizo...

Don Nicasio repetía eso, verdadero o falso, que le dijera la india bruja, a quien fue a buscar para que lo curara de un mal secreto.

Se envanecía:

—Aquí donde me ven, postrado, jodido, sin casi poder levantarme de la hamaca, cuando mozo hacía daño... Le clavaba los ojos a una mujer, y ya estaba... No le quedaba más que templarse en el catre... ¡Hacía raya, amigo!... Me agarraron miedo... ¡Qué monilla del cacao! ... Yo era pa' peor...

Donde mejor se advertía la raza blanca de don Nicasio era en el tinte de la tez y en la línea regular del perfil.

A pesar del sol y de los vientos quemadores, su piel conservaba un fondo de albura, apreciable bajo las costras de manchosidad, como es apreciable, en los turbios de las aguas lodosas, el fondo limpio de arena.

Y su perfil se volteaba en un ángulo poco menos que recto, sobre la nariz vascónica al nivel de la frente elevada.

—Es que soy hijo de gringo, pues, ¿no creen?

—¿Y cómo se llama Sangurima, entonces, ño Nicasio? Sangurima es nombre montuvio; no es nombre gringo. Los gringos se mientan Juay, se mientan Jones; pero Sangurima, no.

—Es que ustedes no saben. Claro, claro. Pero es que yo llevo el apelativo de mi mama. Mi mama era Sangurima. De los Sangurimas de Balao.

—¡Ah! ...

Gente de bragueta.

—Gente brava, amigo. Los tenían bien puestos donde deben de estar. Con los Sangurimas no se jugaba naidien.

Fijaba en el vacío la mirada de los ojos alagartados, melancólicos como trayendo un recuerdo perdido.

E insistía:

—Gente de bragueta, amigo. No aflojaban el machete ni pa' dormir. Y por cualquier cosita, ¡vaina afuera!

Imitaba el gesto vagamente.

—Eran del partido de García Moreno. Siempre andaban de aquí pa' allá con el Doctor. Cuando la guerra con los paisas de Colombia, ahí estuvieron.

Los amores del gringo

Si ño Nicasio estaba de buen humor, se extendía en largas charlas acerca de los amores de su padre con su madre:

—Mi mama era, pues, doncella cuando vino el gringo de mi padre, y le empezó a tender el ala. A mi mama dizque no le gustaba, pero el gringo era fregado y no soltaba el anzuelo...

—Su señora mamás querría nomás, ño Nicasio. Así son las mujeres, que se hacen las remolonas pa' interesar al hombre.

—Mi mama no era así, don cojudo. Mi mama era de otro palo. De veras no quería. Pero usted sabe que la mujer es frágil.

—Así es, ño Nicasio. No monte a caballo.

De este jaez continuaba la narración, interrumpida por las observaciones del interlocutor, que colmaban de rabia al anciano.

A lo que este contaba, el gringo aquel de su padre apretó tanto el nudo que al fin consiguió lo que pretendía.

—Y ahí fue que me hicieron a mí. Y tan bien hecho, como usted me verá.

—Así es, don Sangurima.

—Claro que así es.

—Claro.

Cuna sangrienta

—Pero ahí no paró la vaina... Cuando mi papás aprovechó de mi mama, ninguno de mis tíos Sangurimas estaba en la finca. Andaban de montoneros con no sé qué general... Eran igualitos a mi hijo Ufrasio... Al primero que vino, le fueron con el cuento.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Mi tío Sangurima se calentó. Buscó al gringo y lo mató. Mi mama no dijo esta boca es mía. Nací yo. Cuando nací, mi mama me atendió como pudo. Pero, en cuanto se alzó de la cama, fue a ver a mi tío. Lo topó solo. Se acomodó bien. Le tiró un machetazo por la espalda y le abrió la cabeza como a un coco. Nada más.

—¡Barajo, qué alma!

—Así es, amigo. Los Sangurimas somos así.

—¿Y no siguió más el asunto?

—Habría seguido, pero el papás de mi mama se metió de por medio y ahí acabó el negocio... Porque lo que el papás de mi mama mandaba, era la ley de Dios...

II

Leyendas

De ño Nicasio se referían cosas extravagantes y truculentas.

En las cocinas de las casas montuvas, a la hora del café vespertino, tras la merienda, contábanse acerca de él historias temerosas.

Los madereros de los desmontes aledaños encontraban en los presuntos hechos del viejo Sangurima, tema harto para sus charlas, reunidos en torno a la fogata, entre el tiempo que va de la hora de la comida a la hora de acostarse, cara al cielo, sobre la tierra talada.

Los canoeros, bajadores de fruta desde las haciendas arribeñas, al acercarse a la zona habitada por los Sangurimas, comenzaban imprescindiblemente a relatar las leyendas del abuelo.

Pero donde más se trataba de él era en los velorios...

Amistad de ultratumba

El cadáver estaba tendido sobre la estera defleada, más corta que el cuerpo muerto, cuyas extremidades alargadas sobresalían en las cañas desnudas del piso. Reposando en la estera que antes le sirviera de lecho, el difunto esperaba, con una apropiada tranquilidad de ultratumba, la canoa donde sería embarcado para el gran viaje.

El ataúd lo construían abajo, en el portal, unos cuantos amigos, dirigidos por el maestro carpintero del pueblo vecino.

Circulaban por la sala las botellas de mallorca, para sorber a pico.

Decía una vieja, comentando la broma de uno de los asistentes:

—¡Vea que don Sofronio es bien este pues!

Con eso significaba una multitud de adjetivos.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Bien este pues...

Otra vieja, tras la profunda chupada del cigarro dauleño, sabroso como un pan, musitaba aludiendo al muerto pacífico.

—Vea cómo se ha muerto, pues, ño Victorino...

Terciaba otra vieja:

—¡Lo que semos!...

Se generalizaba la conversación.

—¡Tan fregado que era ño Victorino!

—Así es, pues.

—Y hora, con la josca...

—Es que la muerte enfunde respeto.

—Así es, pues.

La viuda, llorosa, intervenía:

—¡Lo que le gustaba al difuntito el agua de coco!

—¿De veras?

—Sí. Antes de morir, pocos días nomás, hizo que Juan le bajara una palma. El finadito mismo quería subir... Ahora, a la palma le ha caído gusano.

Giraba otra vez la charla hacia la seriedad de la muerte.

—¡Y vean ustedes! ¿Saben lo que hizo Sangurima, el viejo, una vez en Pechichal Chico?

—No.

—Cuenta.

—¿Qué hizo?

—Se le había muerto un compadre, Ceferino Pintado, ¿se acuerdan?

—¡Ah! ¿Ceferino? ¿Ese que decían que vivía con la misma mama?

—Ese... Era bien amigo con ño Sangurima... Juntos se emborrachaban.

—Claro. Un día, en Chilintomo...

—No interrumpas. Deja que cuente ña Petita.

Ña Petita prosiguió:

—La tarde que se murió Ceferino, llegó al velorio ño Sangurima. Estábamos en el velorio bastantísima gente. Porque Pintado, a pesar de lo malo que era, era bien amiguero. Y llegó ño Sangurima. «Salgan pa' ajuera, que quiero estar solo con mi compadre». Y agarramos y salimos. Se quedó adentro en la sala y cerró las puertas. Entonces oímos que se empezaba a reír y a hablar despacito. Pero eso es nada. De repente oímos que Ceferino también hablaba y se reía. No entendíamos nada. Bajamos todititos corriendo, asustados. De abajo preguntamos: «¿Qué pasa, ño Sangurima?». Él se asomó a la ventana. Tenía al lado al muerto, abrazado. El viejo nos decía: «No sean flojos. Suban nomás. Ya voy a ponerlo en la caja otra vez a mi compadre. Estábamos despidiéndonos. Pero ya se regresó adonde Dios lo ha colocado. Vengan pa' explicarles cómo es eso. Hay pa' reírse». Subimos. Ño Sangurima abrió las puertas. Cuando entramos, Ceferino estaba en su canoa. En la cara tenía una mueca como si todavía se estuviera riendo... Ño Sangurima se despidió de él, apretándole la mano: «Hasta la vista, compadre. ¡Que te vaya bien!». Tiró por su caballo y se fue... Yo creo que estaba jumo...